

las elecciones del año séptimo, para la renovación del tercio, en las que triunfaron los jacobinos, y el Directorio se encontró en los Consejos con una mayoría hostil. No paró aquí. Al renovarse el Directorio el once de Mayo, le tocó salir á Rewbell, que, con todos sus defectos de carácter, era el más fuerte y enérgico de los directores, cometiéndose la torpeza de designar para sucederle al presuntuoso y taciturno filósofo Sieyes, en gran predicamento ahora, por atribuírsele la neutralidad de Prusia. Este divorcio entre el Directorio y el Cuerpo Legislativo forzosamente había de conducir á otro golpe de Estado, que se dió el treinta de Pradial. Después de largas discusiones sobre nuevos impuestos, Boulay de la Meurthe, uno de los jefes de la oposición constitucional, propuso el seis de Junio á los Quinientos, en nombre de la comisión militar y de la de Hacienda, enviar un mensaje al Directorio exigiéndole explicaciones sobre la situación interior y exterior de la República. La Cámara lo acordó y, además, dirigir una alocución al pueblo, que redactó con gran vigor y colorido Francisco de Nantes. De antemano se veía que el vencido iba á ser el Directorio, inactivo, mudo, aplastado bajo la inmensa pesadumbre de los desastres de los ejércitos, sin autoridad moral, sin confianza en los recursos materiales. Tres nuevos golpes le descargaron los Quinientos en la sesión del diez y siete al diez y ocho, aboliendo la censura sobre la prensa, votando enviarle segundo mensaje por no haber contestado al primero, y constituirse en sesión permanente hasta obtener respuesta, y anulando el nombramiento del director Treillard, que fué sustituido por Gobier, jacobino de gran rectitud, pero de corto entendimiento. El diez y ocho de Junio, treinta de Pradial, el Directorio envió, al fin, la respuesta al mensaje, que causó en ambas Cámaras profundo desagrado. Bertrand del Calvados subió á la tribuna y expuso, en nombre de las comisiones, que la comunicación del Directorio no era otra cosa que una nueva acusación contra los Consejos de no haber atendido debidamente á las necesidades del Estado. «¡Qué artificios, qué astucias, qué desvergüenzas! exclamó. Palideced, triunfos idiotas é insensatos. Bien os habéis lucrado; habéis perseguido como anarquistas á los verdaderos amigos de la libertad; habéis destituido á los empleados patriotas en cuarenta departamentos; habéis tratado de falsear las elecciones, vuestros comisarios han saqueado y tiranizado á los pueblos aliados, y concitado contra nosotros el odio de los suizos y de los italianos. Ni en el Directorio tenéis mayoría, ni un día más podéis continuar.» Los triunviros eran ahora Treillard que acababa de salir, Reveillere y Merlin. Boulay de la Meurthe resumió todas las acusaciones contra el Directorio diciendo que, con su torpe política, había turbado la paz con Europa y destruído la legalidad en lo interior del país. Mientras tanto, la mayoría moderada, reunida en un salón inmediato, nombraba una diputación para gestionar la dimisión de Reveillere y de Merlin, los cuales acabaron por ceder, siendo sustituidos por Ducos y el general Moulins, querido éste de los jacobinos, pero desconocido del ejército. La gloriosa revolución del treinta de Pradial

se había consumado. Desde este instante, Sieyes, rodeado de tres nulidades y de la grandeza negativa de Barras, semejava jefe absoluto del Directorio, del que fué nombrado presidente por el trimestre que empezaba.

Con triste sorpresa para todos, llegó el veintiocho de Junio á los Quinientos un mensaje del nuevo Directorio, pintando la situación del país casi en los mismos términos que la habían descrito sus predecesores derribados: el Tesoro, exhausto; los servicios, desorganizados; las partidas realistas, creciendo. Era de temer una descomposición general, decía el mensaje, si no se adoptaba en el acto enérgicas medidas. El general Jourdan se levantó y propuso, en nombre de la comisión de los Once: llamar á las armas á las cinco clases de conscriptos; organizarlos en batallones y compañías; equiparlos en sus departamentos; tomar los oficiales entre los supernumerarios y pensionados; obligar á las ciudades del Oeste á formar compañías francas contra los chuanos, y destinar á los armamentos cien millones, mediante un empréstito sobre los ricos, reembolsable con el producto de la enagenación de las posesiones no vendidas. Casi sin discusión, y por unanimidad, fueron aprobados todos estos extremos por entrambos Consejos, que levantaron la gran sesión permanente del treinta de Pradial. El dos de Julio, fué nombrado ministro de la Guerra, merced á la influencia jacobina, el general Bernadotte, que imprimió con su inteligencia y actividad nuevo impulso á los asuntos de la guerra. Con el tercio del nuevo empréstito, que consiguió se le cediese, equipó y envió á la frontera multitud de batallones, y á los campamentos destinó también la mayor parte de las tropas de línea acantonadas en lo interior para mantener el orden. Muy cerca de cien mil hombres, nada menos, logró Bernadotte poner en campaña en unas cuantas semanas. Vióse, una vez más, lo que puede un jefe hábil y celoso. ¡Lástima que estas masas no se distribuyesen convenientemente! En vez de repartirlas entre los dos ejércitos de Italia y de Suiza, á Moreau no se le envió más que de ocho á diez mil hombres, con un poco de material, y casi nada á Massena, con el objeto de crear dos nuevos ejércitos: el de los Alpes, de treinta mil hombres, al mando de Championnet, y el del Rhin, con fuerza de cincuenta mil hombres. En la cuestión de mandos, el desacierto fué todavía mayor. Se destituyó á Moreau, reemplazándole con Joubert, y se decidió conferir á Bernadotte el mando en jefe del nuevo ejército del Rhin y la suprema dirección de las tropas de Massena, lo que equivalía á destituir á éste. Así pagaba el Directorio á los que servían bien á la República.

Cuando Joubert llegó al ejército de Italia, el cuatro de Agosto, había caído ya la fortaleza de Mantua en poder de los aliados, y Suwarow se disponía á expulsar á los franceses del litoral de Génova. Tanto por personal ambición como por agradar al Directorio, Joubert estaba resuelto á perseguir sin demora éxitos brillantes. Su ejército, con los refuerzos últimamente llegados, subía á la cifra de cuarenta y cinco mil hombres, y estaba dividido en dos grandes masas: la una, de diez y nueve mil, mandada por Saint-Cyr, en



las fuentes de Scrivia; la otra, de diez y ocho mil, á las órdenes de Perignon, más al Oeste, en el alto Bormida; hallándose fraccionado el resto en varias guarniciones y puestos de observación. Suplicó á Moreau, con quien le unía amistad de algunos años, que siguiese por algún tiempo en el cuartel general, para ayudarle con su experiencia, á lo que Moreau accedió con su habitual abnegación. Reunió el Consejo de guerra para discutir el plan de ataque, y se decidió, bajo el supuesto de que Mantua no se había rendido, que Saint-Cyr penetraría en el valle del Scrivia, Perignon en el de Bormida, y que se juntarían donde conviniese. La operación empezó el siete de Agosto. El cuerpo Saint-Cyr llegó á Novi el doce; Joubert, con el otro cuerpo, sentó sus reales el trece hacia Pasturana. El catorce, Joubert, que soñaba á toda hora en el enemigo y en la batalla, se trasladó á Novi, para conferenciar con Saint Cyr, y éste le llevó, así como á Moreau, á una eminencia, desde la que se dominaba dilatado horizonte. El espectáculo que contempló Joubert le trastornó. En todo lo que la vista alcanzaba, brillaban bayonetas enemigas; largas filas de tropas veíanse ordenadas como para la batalla; allí estaban todas las fuerzas de Suwarow, con las divisiones de Kray, más de cincuenta mil hombres, á los que Joubert sólo podía oponer treinta y cinco mil. Sostuvo el general republicano una gran lucha interior: comprendía, por una parte, los graves peligros del combate, y sabía, por otra, que estaba perdido irremisiblemente en París si retrocedía sin disparar un solo tiro. Llamó á sus generales, les consultó; todos le aconsejaron retirarse inmediatamente. No se decidió; la duda tenía su voluntad suspensa, y en la perplejidad, las horas se pasaron y se llegó al amanecer del quince. ¡Cuán de otro modo se procedía en el campamento enemigo! Mientras el joven general francés vacilaba entre el ataque ó la retirada, su viejo adversario no tenía más que una sola idea, que expresaba en versos bárbaros á su amigo Kray: «Sables y bayonetas, no vergonzosa retirada; la primera línea rota, la segunda aplastada; la reserva vuelve la espalda, porque he aquí á Kray, nuestro héroe». El catorce, por la mañana, Suwarow examinó, desde los puntos más avanzados y yendo del uno al otro, la posición de los franceses, sin más prendas de vestir en su persona, como de costumbre, que camisa y pantalón de tela burda, y seguido de un solo cosaco. Los franceses le reconocieron y le soltaron algunas balas. Esto no obstante, se equivocó, del mismo modo que en Placencia, acerca de la distribución de las fuerzas enemigas. A su regreso, quiso que Kray rompiese el ataque aquel mismo día; pero á las observaciones de éste cedió, conviniéndose en que atacaría á las cinco de la mañana del día siguiente. Mandóle descargar sus golpes sobre el ala occidental; dueño de esta parte, avanzar al Este, hasta echar al enemigo en el valle del Scrivia, donde encontraría á Miladowitsch y á Melas. El ejército republicano ocupaba la cresta de la montaña, entre Novi, á la derecha, y la aldea de Pasturana, á la izquierda. No dispuesto para la batalla, Kray alcanzó al principio ventajas considerables. Joubert, que se adelantó para reanimar el valor de los soldados, cayó muerto de un balazo. Kray

mantuvo solo el ataque hasta las diez de la mañana, en que los generales rusos se lanzaron impetuosamente contra Novi y Saint Cyr. No obstante su bravura, eran una y otra vez rechazados, por lo difícil de trepar por la pendiente; pero volvían de nuevo al ataque. Así se peleó con denuedo, con furor, hasta la tarde, en que las tropas de una y otra parte, diezmas, extenuadas, eran incapaces de efectuar nuevo esfuerzo. Decidió de la batalla la llegada en estos instantes del general Melas, con cuyo refuerzo los aliados renovaron la lucha en toda la línea. Fué breve. A la media hora, toda la derecha de los franceses fué vencida, buscando los soldados su salvación en la fuga por el lado de Pasturana. El general Moreau consiguió á duras penas establecer un poco de orden en la retirada; pero una descarga á poca distancia sembró el pánico en todas las divisiones. Los carreteros abandonaron los vehículos, y todo el mundo echó á correr á la desbandada, subiendo y bajando pendientes, atravesando campos, saltando vallados y fosos. El general Colli cayó prisionero con toda su brigada; la misma suerte tuvieron Perignon y Grouchi, con el último de sus batallones, y toda la artillería francesa quedó en poder de los vencedores. Con razón dijo Suwarow que solamente la oscuridad de la noche preservó al enemigo de un total exterminio. Perdieron los franceses en esta lucha de catorce horas más de doce mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

Victoria tan cumplida ponía la Italia á merced de los aliados. Poco había de costarle á Suwarow echar á los franceses del corto terreno que les quedaba en la rinconada de Génova; pero inesperadas órdenes detuvieron la marcha triunfal del bravo caudillo. El día siguiente al de la batalla, diez y seis de Agosto, se recibieron en el cuartel general dos despachos de Viena, el uno dirigido á Kray, el otro á Suwarow. A Kray se le mandaba enviar á la Toscana y á la Romanía un cuerpo de diez y ocho mil hombres, á las órdenes del general Froelich; á Suwarow, se le recomendaba economizar pérdidas, caso de tomar la ofensiva contra la Ribera, y no pensar en la invasión de Francia. El general ruso montó en cólera, principalmente, por la monstruosa codicia del Austria, que quería para sí la Toscana, las Legaciones y, tal vez, la misma República romana. No tardó en tomar venganza. En el acto escribió al emperador Francisco, que esperaba conquistar el litoral sin pérdidas considerables y que nada tan lejos de su ánimo como el entrar en Francia, y escribiendo esto, daba orden á todas las divisiones de suspender el movimiento hacia la costa y volver á las posiciones que ocupaban antes de la batalla; envió al Czar la carta del Emperador, con una comunicación sobre la victoria de la víspera, y, aparte, una carta al ministro Rostopchin, quejándose amargamente de la corte de Viena. «Tengo que luchar aquí, decía, con continuas contrariedades. Las órdenes que me llegan casi á cada hora del Consejo Aulico arruinan mi salud; no puedo servir aquí por más tiempo.... Le ruego que lo haga presente á Su Majestad, y que estoy resuelto á pedir oficialmente mi llamamiento así que termine las operaciones contra Génova». Todavía reforzó esta carta con otra es-



crita dos días después, en la que se leía: «Aquí, cada cual depende del Consejo Aulico y de sus satélites. Mi espíritu está tan fatigado que con dificultad puedo hablar..... A pesar de mi fuerza de voluntad, tendré que buscar un refugio en alguna casa de campo solitaria, tal vez en la misma tumba». El objeto de estas patéticas frases era exacerbar contra la corte de Viena el irritable temperamento del Czar. Los días se pasaron sin hacerse nada. El veintisiete le llegó, por fin, de Viena la comunicación oficial del gran plan de operaciones propuesto por Inglaterra y aceptado por Pablo, con la orden de llevar á Suiza todas las tropas rusas de Italia y reemplazar al archiduque Carlos en la lucha empeñada con Massena. Bueno estaba Suwarow para obedecer órdenes del Austria. Pero las mismas órdenes recibió del Czar; luego, instrucciones apremiantes de Thugut; por último, carta del Archiduque anunciándole su expedición contra Manheim y requiriéndole á que se trasladase en seguida á Suiza. No tuvo más remedio que ceder.

Tampoco satisficieron al Archiduque las órdenes que le llevó Dietrichstein el siete de Agosto. Pensaba Carlos, cuando llegasen los rusos, batir á Massena, echarle de Suiza, perseguirle hasta su país y tomar á Huninga y Belfort. Nada de esto era ya posible. El doce de Agosto llegó al cuartel general del Archiduque el general ruso Korsakow, que se amilanó y trastornó al enterarse del nuevo plan. Tan sobrado de brutal arrogancia y de odio al extranjero, como falto de capacidad y de práctica en la guerra, Korsakow rechazó con brusquedad todas las proposiciones que ideó Carlos para emprender una acción común. Fácil les hubiera sido á los franceses, en esta coyuntura, alcanzar ventajas de importancia; pero Massena, á su vez, estaba disgustado con el Directorio, que le colmaba de brillantes promesas, pero le dejaba sin hombres, sin dinero y sin provisiones. Sabedor de que se pensaba dar á Moreau el mando en jefe del ejército de Suiza y del nuevo ejército del Rhin, envió su dimisión, á la que contestó el Directorio con una carta muy lisojera, exhortándole con bellas frases á combatir al Archiduque y conquistar nuevos laureles. Tomó la respuesta por insulto, mantuvo la dimisión y, al mismo tiempo, quiso mostrar á los gobernantes parisienses lo que valía atacando no al Archiduque, cuya superioridad de fuerzas reconocía, sino á los destacamentos diseminados en la montaña. A la noticia de que los franceses habían pasado el Rhin por Manheim, el primero de Septiembre salió el Archiduque de Suiza con fuerza de treinta y siete mil hombres, disminuyéndose el ejército de ocupación no más que en nueve mil. Desde este instante, reinó en Suiza profundo reposo durante varias semanas. Korsakow plantó sus reales donde le dictaron su terquedad y su capricho, sin escuchar consejos de nadie, y proveyó en gran parte al sostén de sus tropas á costa de los habitantes. Massena siguió absorto en su querrela personal con Bernadotte, renovó varias veces la dimisión y, por último, envió á París un oficial de su confianza, que contribuyó el doce de Septiembre á la destitución de Bernadotte. El reposo por parte de los franceses alimentó en

los aliados la esperanza de que Suwarow llegaría á Suiza antes de que se rompiesen las hostilidades.

Los aliados inauguraron el nuevo plan de campaña con grandes ilusiones. Inglaterra esperaba restaurar la casa de Orange en Holanda y propagar en toda Bélgica el movimiento antifrancés; Thugut, que el Archiduque restablecería en todo el curso del Rhin el predominio del Austria y que Kray acabaría de poner toda Italia á sus pies; el Czar, que Suwarow entraría victorioso en Suiza, invadiría el Franco Condado, sublevaría á los realistas franceses y destruiría una República reprobada por Dios. Con ser mucho lo que se pedía, todo habría podido conseguirse, si hubiese habido unión en las fuerzas aliadas. Por haber faltado ésta, los soñados triunfos se trocaron en tremendos desastres. El primero se cosechó en Holanda; adonde, desde el trece de Agosto al diez y siete de Septiembre, fueron llegando las tropas aliadas, en número de veintiocho mil ingleses, mandados por el duque de York, y quince mil rusos, á las órdenes del general Hermann. Desembarcaron no lejos del Helder, en el Marsdiep, estrecho brazo de mar que separa la isla Texel de la extrema punta del continente. El treinta y uno de Agosto, los marineros holandeses, al ver ondear la bandera de Orange en los navíos aliados, se sublevaron y pasaron al enemigo con su flota, de diez buques de línea y doce fragatas. Inglaterra cometió la torpeza é iniquidad, juntamente, de despedir á los marineros holandeses y llevarse los buques á sus puertos, con lo que apagó en toda Holanda el entusiasmo orangista. El general Brune logró reunir siete mil franceses y catorce mil holandeses, con los que atacó el diez á los invasores; pero, forzadas las tropas á caminar por angostos diques, hubo de retirarse con pérdida de dos mil hombres. Comprendiendo entonces que, en semejante suelo, la defensa sería siempre más fuerte que el ataque se situó cerca de Bergen, detrás del gran canal de Alkmar, se rodeó de trincheras, cortó las calzadas por anchos fosos y esperó al enemigo. Este le atacó el diez y nueve. Los valientes rusos se pusieron en marcha á las cuatro de la mañana; los flemáticos ingleses, á las ocho, cuando ya no podía evitarse la derrota de los primeros, que perdieron tres mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, contándose entre estos últimos el propio general Hermann, con varios oficiales. La situación de los aliados empezó á ser crítica. Nadie en el país se movía á favor de ellos, y en cambio, de todas partes acudían refuerzos al campamento de Brune. El dos de Octubre se renovó la lucha. A las seis de la mañana partieron juntos rusos é ingleses, formando éstos las alas, aquéllos el centro; Brune resistió el ataque, y luego retrocedió sin ser hostilizado, dos leguas, situándose cerca de Bacum y de Castricum, posición más fuerte que la anterior. Los aliados perdieron dos mil hombres. York mandó á la vanguardia atacar de nuevo. Como en la jornada del diez y nueve, los rusos se adelantaron, penetraron en las filas enemigas y fueron aplastados, antes que llegasen los ingleses. Desde este punto, los generales aliados declararon desesperada la